

Taller de Repaso – Ciencias políticas

Grado Once.

Colegio claretiano el Libertador.

LA REVOLUCIÓN SOCIAL, 1945-1990. Fragmento.

Historia del Siglo XX Eric Hobsbawm

Cuando la gente se enfrenta a algo para lo que no se la ha preparado con anterioridad, se devana los sesos buscando un nombre para lo desconocido, aunque no pueda ni definirlo ni entenderlo. Entrado ya el tercer cuarto del presente siglo, podemos ver este proceso en marcha entre los intelectuales de Occidente. La palabra clave fue la pequeña preposición «después», usada generalmente en su forma latina de «post» como prefijo a una de las numerosas palabras que se han empleado, desde hace varias generaciones, para delimitar el territorio mental de la vida en el siglo XX. El mundo, o sus aspectos relevantes, se ha convertido en postindustrial, postimperialista, postmoderno, postestructuralista, postmarxista, postgutenbergiano o lo que sea. Al igual que los funerales, estos prefijos indicaban el reconocimiento oficial de una defunción, sin implicar consenso o certeza alguna acerca de la naturaleza de la vida después de la muerte. De este modo fue como la transformación social mayor y más intensa, rápida y universal de la historia de la humanidad se introdujo en la conciencia de las mentes reflexivas que la vivieron. Esta transformación es el tema del presente capítulo.

La novedad de esta transformación estriba tanto en su extraordinaria rapidez como en su universalidad. Es verdad que las zonas desarrolladas del mundo —o sea, a efectos prácticos, la Europa central y occidental y América del Norte, además del reducido estrato de los cosmopolitas ricos y poderosos de cualquier lugar— hacía tiempo que vivían en un mundo de cambios, transformaciones tecnológicas e innovaciones culturales constantes. Para ellas la revolución de la sociedad global representó una aceleración, o una intensificación, de un movimiento al que ya estaban acostumbradas. Al fin y al cabo, los habitantes de Nueva York de mediados de los años treinta ya podían contemplar un rascacielos, el Empire State Building (1934), cuya altura no se superó hasta los años setenta, y aun entonces sólo por unos escasos treinta metros. Pasó bastante tiempo antes de que la gente se diese cuenta de la transformación del crecimiento económico cuantitativo en un conjunto de alteraciones cualitativas de la vida humana, y todavía más antes de que la gente pudiese evaluarlas, incluso en los países antes mencionados. Pero para la mayor parte del planeta los cambios fueron tan repentinos como cataclísmicos. Para el 80 por 100 de la humanidad la Edad Media se terminó de pronto en los años cincuenta; o, tal vez mejor, sintió que se había terminado en los años sesenta.

En muchos sentidos quienes vivieron la realidad de estas transformaciones in situ no se hicieron cargo de su alcance, ya que las experimentaron de forma progresiva, o como cambios en la vida del individuo que, por drásticos que sean, no se conciben como revoluciones permanentes. ¿Por qué tenía que implicar la decisión de la gente del campo de ir a buscar trabajo en la ciudad, desde su punto de vista, una transformación más duradera de la que supuso para los hombres y mujeres de Gran Bretaña y Alemania en las dos guerras mundiales alistarse en el ejército o participar en cualquiera de los sectores de la economía de guerra? Ellos no tenían intención de cambiar de forma de vida para siempre, aunque eso fuera lo que ocurrió. Son los observadores exteriores que revisan las escenas de estas transformaciones por etapas quienes reconocen lo que ha cambiado. Qué distinta era, por ejemplo, la Valencia de principios de los ochenta a la de principios de

los cincuenta, la última vez en que este autor visitó esa parte de España. Cuan desorientado se sintió un campesino siciliano, especie de moderno Rip van Winkle —un bandido local que se había pasado un par de décadas en la cárcel, desde mediados de los años cincuenta—, cuando regresó a las afueras de Palermo, que entretanto habían quedado irreconocibles debido a la actuación de las inmobiliarias. «Donde antes había viñedos, ahora hay palazzi», me decía meneando incrédulo la cabeza. Realmente, la rapidez del cambio fue tal, que el tiempo histórico puede medirse en etapas aún más cortas. Menos de diez años (1962-1971) separan un Cuzco en donde, fuera de los límites de la ciudad, la mayoría de los indios todavía vestían sus ropas tradicionales, de un Cuzco en donde una parte sustancial de los mismos vestían ya ropas cholas, es decir, a la europea. A finales de los años setenta los vendedores de los puestos del mercado de un pueblo mexicano ya determinaban los precios a pagar por sus clientes con calculadoras de bolsillo japonesas, desconocidas allí a principios de la década.

No hay modo de que los lectores que no sean lo bastante mayores o viajeros como para haber visto avanzar así la historia desde 1950 puedan revivir estas experiencias, aunque a partir de los años sesenta, cuando los jóvenes occidentales descubrieron que viajar a países del tercer mundo no sólo era factible, sino que estaba de moda, todo lo que hace falta para contemplar la transformación del planeta es un par de ojos bien abiertos. Sea como sea, los historiadores no pueden conformarse con imágenes y anécdotas, por significativas que sean, sino que necesitan concretar y contar.

El cambio social más drástico y de mayor alcance de la segunda mitad de este siglo, y el que nos separa para siempre del mundo del pasado, es la muerte del campesinado. Y es que, desde el Neolítico, la mayoría de seres humanos había vivido de la tierra y de los animales domésticos o había recogido los frutos del mar pescando. Excepto en Gran Bretaña, agricultores y campesinos siguieron formando una parte muy importante de la población activa, incluso en los países industrializados, hasta bien entrado el siglo XX, hasta el punto de que, en los tiempos de estudiante de este autor, los años treinta, el hecho de que el campesinado se resistiera a desaparecer todavía se utilizaba como argumento en contra de la predicción de Marx de que acabaría haciéndolo. Al fin y al cabo, en vísperas de la segunda guerra mundial, sólo había un país industrializado, además de Gran Bretaña, en donde la agricultura y la pesca emplearan a menos del 20 por 100 de la población: Bélgica. Incluso en Alemania y en los Estados Unidos, las dos mayores economías industriales, en donde la población rural ciertamente había experimentado una sostenida disminución, ésta seguía representando aproximadamente la cuarta parte de la población; y en Francia, Suecia y Austria todavía se situaba entre el 35 y el 40 por 100. En cuanto a países agrícolas atrasados, como, en Europa, Bulgaria y Rumania, cerca de cuatro de cada cinco habitantes trabajaba la tierra.

Pero considérese lo que ocurrió en el tercer cuarto de siglo. Puede que no resulte demasiado sorprendente que, ya a principios de los años ochenta, menos de tres de cada cien ingleses o belgas se dedicaran a la agricultura, de modo que es más probable que, en su vida cotidiana, el inglés medio entre en relación con alguien que haya sido un campesino en la India o en Bangladesh que con alguien que lo haya sido en el Reino Unido. La población rural de los Estados Unidos había caído hasta el mismo porcentaje, pero esto, dado lo prolongado y ostensible de su declive, resulta menos sorprendente que el hecho de que esta minúscula fracción de la población activa se encontrara en situación de inundar los Estados Unidos y el mundo con cantidades ingentes de alimentos. Lo que pocos hubiesen podido esperar en los años cuarenta era que para principios de los ochenta ningún país situado al oeste del telón de acero tuviese una población rural superior al 10 por 100, salvo

Irlanda (que estaba muy poco por encima de esta cifra) y los estados de la península ibérica. Pero el mismo hecho de que, en España y en Portugal, la población dedicada a la agricultura, que constituía algo menos de la mitad de la población total en 1950, se hubiera visto reducida al 14, 5 por 100 y al 17, 6 por 100 respectivamente al cabo de treinta años habla por sí mismo. El campesinado español se redujo a la mitad en los veinte años posteriores a 1950, y el portugués, en los veinte posteriores a 1960 (ILO, 1990, cuadro 2A; FAO, 1989).

Las cifras son espectaculares. En Japón, por ejemplo, la proporción de campesinos se redujo del 52, 4 por 100 de la población en 1947 al 9 por 100 en 1985, es decir, en el tiempo que va del retorno de un soldado joven de las batallas de la segunda guerra mundial al momento de su jubilación en su carrera civil subsiguiente. En Finlandia —por citar un caso real conocido por el autor— una muchacha hija de campesinos y que, en su primer matrimonio, había sido la mujer trabajadora de un campesino, pudo convertirse, antes de llegar a ser de mediana edad, en una figura intelectual y política cosmopolita. En 1940, cuando murió su padre en la guerra de invierno contra los rusos, dejando a madre e hija al cuidado de la heredad familiar, el 57 por 100 de los finlandeses eran campesinos y leñadores; cuando cumplió cuarenta y cinco años, menos del 10 por 100 lo eran. ¿Qué podría ser más natural que el hecho de que, en tales circunstancias, los finlandeses empezasen en el campo y acabaran de modo muy diferente?

Pero si el pronóstico de Marx de que la industrialización eliminaría al campesinado se estaba cumpliendo por fin en países de industrialización precipitada, el acontecimiento realmente extraordinario fue el declive de la población rural en países cuya evidente falta de desarrollo industrial intentaron disimular las Naciones Unidas con el empleo de una serie de eufemismos en lugar de las palabras «atrasados» y «pobres». En el preciso momento en que los izquierdistas jóvenes e ilusionados citaban la estrategia de Mao Tsetung para hacer triunfar la revolución movilizándolo a los incontables millones de campesinos contra las asediadas fortalezas urbanas del sistema, esos millones estaban abandonando sus pueblos para irse a las mismísimas ciudades. En América Latina, el porcentaje de campesinos se redujo a la mitad en veinte años en Colombia (1951-1973), en México (1960-1980) y —casi— en Brasil (1960-1980), y cayó en dos tercios, o cerca de esto, en la República Dominicana (1960-1981), Venezuela (1961-1981) y Jamaica (1953-1981). En todos estos países —menos en Venezuela—, al término de la segunda guerra mundial los campesinos constituían la mitad o la mayoría absoluta de la población activa. Pero ya en los años setenta, en América Latina —fuera de los miniestados de Centroamérica y de Haití— no había ningún país en que no estuvieran en minoría. La situación era parecida en los países islámicos occidentales. Argelia redujo su población rural del 75 por 100 al 20 por 100 del total; Túnez, del 68 al 23 por 100 en poco más de treinta años. La pérdida de la mayoría en Marruecos, menos drástica, se produjo en diez años (1971-1982). Siria e Irak aún tenían a media población trabajando la tierra a mediados de los cincuenta, pero al cabo de unos veinte años. Siria había reducido este porcentaje a la mitad, e Irak, a menos de un tercio. En Irán los campesinos pasaron de aproximadamente el 55 por 100 a mediados de los años cincuenta al 29 por 100 a mediados de los ochenta.

Actividad:

Elabore una reseña en grupo teniendo en cuenta las pautas ya dadas en la clase de ciencias Políticas. Tenga en cuenta que en la crítica que se debe elaborar, tendrá en cuenta los procesos históricos de Colombia y el por qué no se concretó la revolución social en nuestro país.